

Desafíos de la inteligencia artificial en la enseñanza universitaria de la ética

JOSÉ LUIS DA SILVA

El presente texto corresponde a la reflexión de mi autoría presentada en el encuentro con el rector y el vicerrector académico de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) celebrado el 23 de junio de 2026, en el salón Simón Planas (segundo piso del edificio Loyola) de la UCAB, titulado “Ética, Inteligencia Artificial y la Encíclica del Papa León XIV: *Magnífica humanitas*”, espacio en el cual el rector expuso el alcance de dicho documento pontificio. Para la elaboración de esta memoria, utilicé el sistema de transcripción de Microsoft Word y depuré la versión literal con el apoyo de Gemini AI para limpiar los tropiezos propios de la espontaneidad oral (anacolutos, falsos comienzos y repeticiones innecesarias) y subsanar los errores conceptuales de la conversión automática.

EL SER HUMANO COMO SUJETO TECNOLÓGICO, UNA MIRADA DESDE LA ANTROPOTÉCNICA

Volviendo a los ejes de la encíclica del papa León XIV, la toma de conciencia sobre el cambio de época admite múltiples lecturas. No obstante, una dimensión que reclama poderosamente nuestra atención, a la luz del tipo de tecnología que poseemos hoy en día, es constatar que el ser humano se ha construido a sí mismo desde y a través de la tecnología, marcando una distancia evolutiva y ontológica radical respecto a otras especies animales. Este planteamiento no es nuevo; sin embargo, hoy adquiere especial relevancia ante la preocupación por una posible sus-

titución de labores humanas por artefactos tecnológicos capaces de superarlas ampliamente.

Lo que ocurre en nuestro presente es que estamos observando este fenómeno bajo un esquema extremadamente acelerado. Frente a ello, surge la natural alarma: “Bueno, pero es que estamos creando una entidad que manifiesta reacciones muy parecidas a las nuestras”. Ciertamente son parecidas, pero en ninguna circunstancia son las mismas. Este escenario nos convoca a interiorizar una verdad tantas veces dicha, pero que hoy se vuelve un imperativo de conciencia: el ser humano, a diferencia de otros seres vivos, es constitutivamente un sujeto tecnológico. Esta condición es, precisamente, la que le ha permitido sobrevivir a catástrofes de toda

HABLEMOS

índole a lo largo de su historia. Nos hallamos ante una lectura antropológica pertinente y enriquecedora.

LA UNIVERSIDAD ANTE LA “CASA COMÚN”: EL CULTIVO, EL CUIDADO Y LA PEDAGOGÍA DE LA DEMORA

Mi intervención en este espacio no pretende ser tan extensa como la disertación precedente del rector, quien con enorme generosidad y lucidez ha abordado los aspectos doctrinales de la encíclica. Mi propósito aquí es, fundamentalmente, abrir un canal de diálogo horizontal con ustedes, el cuerpo docente, y de igual modo con nuestros estudiantes. Para guiar esta reflexión, me gustaría rescatar un conjunto de registros del documento pontificio que estimo de un valor extraordinario.

Frente a la sobreabundancia de datos, aceleramos el paso, olvidando que no todo cúmulo de información equivale a sabiduría o conocimiento real. La Casa Común nos convoca a aprender a demorarnos y a encauzar las tecnologías hacia sus usos legítimos y adecuados.

El primer registro de gran calado es la afirmación del papa cuando advierte: “Es imposible salvarse en solitario ante la pantalla”. No existe una rendija por la cual el individuo pueda hallar un resguardo o salvación aislándose en el plano digital. Esto significa que el tiempo presente, la realidad que habitamos, nos exige reconocer que nos necesitamos mutuamente. No se trata de sobrevivir bajo la lógica del *sálvese quien pueda*, sino de comprender que nuestra necesidad mutua expresa nuestra propia condición humana. Ese “todos” es profundamente interesante porque no es uniformador; incluye explícitamente a quienes piensan diferente y a quienes conciben los usos tecnológicos desde ópticas divergentes.

Si no nos salvamos solos ni en solitario, se resquebraja cualquier pretensión de monopolio sobre la verdad. Y esto no aplica únicamente al monopolio corporativo de los grandes conglomerados que concentran el poder, el desarrollo de la inteligencia artificial y los estándares de eficiencia para pautar la gestión global. Tampoco tienen el monopolio de la verdad aquellas instituciones que, históricamente y en determinados momentos, hicieron gala de dicha exclusividad. Una de las virtudes intelectuales de esta encíclica es su profunda densidad histórica, evidenciada en sus remisiones a otros documentos clave de la Doctrina Social de la Iglesia. Esta toma de conciencia histórica es crucial para leer la realidad en su justo contexto.

Pensemos, por ejemplo, en el hito que significó en su momento la encíclica *Rerum novarum* de León XIII: implicó asumir frontalmente la emergencia de un desarrollo histórico e industrial que la Iglesia ya no podía seguir ignorando o negando. Hoy, esa condición de comprender que mi perspectiva es solo una parte que debe conjugarse con las miradas ajenas dentro del entorno social y cultural representa un aprendizaje de largo aliento. En el ámbito universitario, esto se traduce de forma muy específica. No es posible asumir la cátedra como el espacio del conocimiento privilegiado, más bien debe considerarse un lugar para compartir experiencias de conocimiento en movimiento y que pueden ser interpelados, ampliados, modificados, confirmados.

La encíclica insiste reiteradamente en la noción de la “Casa Común”, un concepto que a mi juicio remite a dos pilares pedagógicos y vitales indispensables: el cultivo y el cuidado.

Nuestra misión medular en la universidad no se reduce a cultivarnos a nosotros mismos; consiste en enseñar a otros a cultivar y a cultivarse. Y el cultivo exige, de manera irrenunciable, tiempo. En la dinámica vertiginosa del aula de clases, a veces olvidamos la necesidad de *demorarnos*: demorarnos en la deconstrucción de los conceptos, demorarnos en el desarrollo de las capacidades, demorarnos en el desglosamiento de las instrucciones y los ejemplos. No todo en la vida académica puede someterse a la lógica de

la “comida rápida” de diez minutos ni subordinarse ciegamente a los estándares de eficiencia. Con frecuencia, cuando un joven acude de forma automática a la inteligencia artificial en busca de una respuesta inmediata, lo hace empujado por la velocidad frenética que le impone el propio diseño de la asignatura. A veces los docentes propiciamos esto de forma inconsciente por priorizar un rendimiento cuantitativo. Frente a la sobreabundancia de datos, aceleramos el paso, olvidando que no todo cúmulo de información equivale a sabiduría o conocimiento real. La Casa Común nos convoca a aprender a demorarnos y a encauzar las tecnologías hacia sus usos legítimos y adecuados. El segundo pilar, intrínsecamente ligado al cultivo, es el cuidado. En nuestras aulas contamos con especialistas que nos educan con esmero en la sustentabilidad ambiental, y la institución ha internalizado con éxito esa campaña ecológica, sembrando conciencia sobre el valor de proteger el medio ambiente para las generaciones venideras. No obstante, estamos descuidando una frontera crítica: *El cuidado de nuestras propias capacidades cognitivas y perceptivas*. No siempre advertimos al estudiante que debe cuidar su mente: tomar distancia de la información y sustraerse, aunque sea por unos minutos, a ese zumbido constante que le impide observar sin prisa lo que ocurre a su alrededor.

Es cierto que hoy contamos con disposiciones de carácter regulatorio –más técnicas, económicas y jurídicas que éticas– que exigen a ciertas plataformas digitales interrumpir o mitigar los flujos de interacción si detectan un uso abusivo o patológico. Limitar el tiempo de exposición en las redes o de ciertos juegos interactivos. Sin embargo, esto no es un motivo de celebración; es un síntoma de alarma para el entorno educativo. Revela que no estamos formando a los estudiantes para salir de lo que Kant denominaba la minoría de edad, es decir, para que ellos mismos posean el criterio autónomo de detenerse, o para que nosotros sepamos cuándo marcar la pauta de parada. Si nos limitamos a delegar el control en la regulación externa o gubernamental, la ética se desdibuja, pues la dimensión ética no brota de la mera coacción ni se edifica de forma aislada

desde la pura individualidad. Construir la autonomía del sujeto requiere un andamiaje político, jurídico y cultural sólido que la sostenga y la potencie. No hay otra vía para la verdadera autogestión humana.

[...] este horizonte tecnológico, con todo su valor innegable, solo será verdaderamente fértil si nos asumimos como parte orgánica de su estructura. No es un asunto de sustituir habilidades humanas por desarrollos tecnológicos, más bien comprender en qué medida dichas aplicaciones nos asisten para ampliar nuestro horizonte de experiencias.

Esta certidumbre late con fuerza en la encíclica cuando nos recuerda que nadie se salva en solitario. Exige que esta realidad sea plenamente comprendida por todos los actores sociales: desde el profesional que diseña los algoritmos y programa las aplicaciones, pasando por el docente que imparte su cátedra, hasta el ciudadano común que sale día a día a buscar el sustento para su hogar, sorteando las severas crisis de servicios públicos –luz, agua, electricidad– de nuestras ciudades y comunidades. Todo ello configura la toma de conciencia de que este horizonte tecnológico, con todo su valor innegable, solo será verdaderamente fértil si nos asumimos como parte orgánica de su estructura. No es un asunto de sustituir habilidades humanas por desarrollos tecnológicos, más bien comprender en qué medida dichas aplicaciones nos asisten para ampliar nuestro horizonte de experiencias.

Si evaluamos cómo se vive este proceso de cultivo en nuestra universidad, debo decir que percibimos aciertos notables, particularmente en la interacción y vasos comunicantes que existen entre las distintas facultades. La encíclica señala explícitamente que las facultades de ingeniería deben aproximarse a las disciplinas humanísticas. Afortunadamente, en nuestra institución esa fluidez interdiscursiva es una realidad tangible: el diálogo entre las ciencias sociales, las humanidades, la ingeniería y el derecho se desen-

HABLEMOS

vuelve de manera natural y enriquece significativamente nuestros programas de pre y posgrado como también la interacción entre los centros e institutos de investigación de nuestra universidad.

[...] nos corresponde a nosotros aportar el componente fundamental: la educación hacia la mayoría de edad y la autonomía. No hay una salida fácil, el estudio formador requiere tiempo, tiempo que no puede ser abreviado por las tecnologías. Leer un texto exige un esfuerzo que transforma al lector; sustituirlo por un buen resumen generado por IA puede acortar el proceso, pero también debilita la comprensión.

No nos vemos como compartimentos estancos ni como extraños que transitan por una misma edificación sin reconocerse. En otros contextos académicos, incluso en ciertos centros de los Estados Unidos, algunos colegas de ingeniería, cibernética o matemáticas miran con desdén a los departamentos de filosofía y cuestionan su utilidad práctica. En nuestra universidad, en cambio, esa miopía intelectual no ha arraigado: prevalecen la cooperación, el diálogo entre saberes y la conciencia de compartir una misma estrategia institucional. Por ello, dejo abierta al debate colectivo la siguiente pregunta: ¿cómo podemos afianzar e instrumentar de manera permanente estos mecanismos de cultivo y cuidado inspirados en la encíclica?

Tenemos el deber ético de cuidarnos y cultivarnos para, desde esa solidez, animar, acompañar y orientar con eficacia tanto a nuestros colegas como a las nuevas generaciones de estudiantes. No vamos a abolir el desarrollo tecnológico, ni a disolver las corporaciones globales, ni a sustituir las dinámicas de los gobiernos. Lo que sí está en nuestras manos es erigir la universidad como ese espacio baluarte donde la tecnología se asimila desde una estructura dinámica de comprensión crítica y bajo un uso estrictamente racional. Como bien han apuntado previamente los

profesores en las preguntas, la tecnología ha estado allí para ser usada desde los albores de la humanidad, pero nos corresponde a nosotros aportar el componente fundamental: la educación hacia la mayoría de edad y la autonomía. No hay una salida fácil, el estudio formador requiere tiempo, tiempo que no puede ser abreviado por las tecnologías. Leer un texto exige un esfuerzo que transforma al lector; sustituirlo por un buen resumen generado por IA puede acortar el proceso, pero también debilita la comprensión.

En última instancia, considero firmemente que no estamos llamados a competir con el algoritmo. Nuestra tarea no es batirnos en duelo con nuestras propias creaciones. Hemos diseñado instrumentos formidables y nos corresponde perfeccionarlos, pero manteniendo siempre la claridad de que la máquina es un producto de nuestra propia agencia humana. No competimos con el telescopio en la observación astronómica, ni con la locomotora en la fuerza tractora, ni con la televisión o las redes digitales en sus respectivas esferas. Se trata de asimilar la herramienta para simplificar tareas operativas, preservando intacto aquel territorio exclusivo del espíritu humano que le está vedado a la programación algorítmica por carecer de interés vital: el derecho irrenunciable a tomarse unas vacaciones, apartarse de la pantalla y contemplar en absoluto silencio la belleza de un atardecer, escuchar una canción que nos lleva a nuestra infancia, la lectura de un párrafo que nos conmueve, la copa de vino que tomamos en compañía de seres que son de nuestra consideración y respecto. No debemos perder de vista estas y otras experiencias que nos distinguen de los desarrollos tecnológicos, incluso cuando estos logran imitarlas con notable fidelidad.

JOSÉ LUIS DA SILVA

Profesor, doctor en Historia y filósofo venezolano. Actualmente se desempeña como secretario del Secretariado de Investigación y Transferencia de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en Caracas y director de *Lógoi*, *Revista de Filosofía*.